

Nilda Lacabe
Sir Heriberto miró
hacia atrás

Ilustrado por Javier Sánchez



Sir Heriberto miró hacia atrás y apuró a Nieve, su caballo negro. El aliento cobre del dragón le asaba la nuca. Y para colmo tenía que escuchar a lady Lala:

—¡Oh, señor! ¡Me salvasteis! ¡Habéis corrido lo peores riesgos por mí! ¡Mi padre, el rey, os recompensará! ¡Abundantemente, os recompensará!

“Al fin y al cabo lo hago por amor a la profesión”, pensó el hombre, “¡Paciencia Heriberto!”.

Miró hacia atrás. Comprobó que lo perseguía un dragón veloz. Apremió de nuevo al potrillo quien de reojo trató de decirle: “No doy más”.

Así fue como ni uno ni otro vieron la laguna que se aproximaba, y así fue también como cayeron los tres.

Caballero y corcel treparon la ribera con la dama gritando desde el agua: —¡Una vez más, gentilhomme! ¡Salvadme una vez más!

Para suerte de Sir Heriberto, la boca de Lady Lala hacía aguas, de ahí que los chillidos no fueran tan agudos. Al fin, se resignó a sacarla. Tules y volados le atrapaban los pies como una hiedra. Entonces, la agarró del cuello como pudo y la llevó hasta la orilla. Allí Nieve mostró su reluciente dentadura y tomó a la dama por la parte trasera del ropaje.

Sir Heriberto salió del agua sin fuerzas. Como la doncella no dejaba de acusar al caballo de “bestia salvaje”, buscó algo en qué pensar. Miró su armadura nueva y frunció el ceño con disgusto: cien lingotes y tenía un talón estropeado. “Ya no se hacen como antes”, reflexionó, y se tiró en el pasto a tomar un poco de sol. La música de fondo seguía: “Un caballero no trata así a una dama. No se tiraría a tomar sol aunque tuviera frío. Las niñas casaderas como yo necesitan unas flores. ¿Nadie me alcanza una flor?”.

Con esa letanía se durmió Sir Heriberto y al rato, despertó. “¡A palacio!”, se dijo. Pero no pudo pararse. Pronto comprendió que agua, lata y sol no son buena compañía: la armadura se había oxidado.

Como una tortuga dada vuelta pidió auxilio. La princesa, sorprendida por una voz que no era la suya miró al hombre enlatado:

—Ayúdame —dijo Heriberto—. ¿No veis que no puedo moverme? Esta armadura se ha oxidado.

La mirada de Lady Lala imploró al caballo. El potrillo por toda respuesta lanzó un relincho carcajeador y se tiró lomo arriba para rascarse.

Detrás de un gran roble, el dragón se divertía espiando. Con semejante espectáculo olvidaba todo: el cansancio de custodiar princesas y las ganas de comerse un choripán. Sin más alternativas, decidió ayudar a los desafortunados.

La muchacha gritó cuando lo vio acercarse. Sir Heriberto apretó los párpados y se tapó las orejas. Cuando abrió los ojos encontró la nariz del dragón frente a la suya. Palpó con disimulo a un costado y notó que la princesa reposaba desmayadamente. Ojeó hacia el otro lado y la mirada sonriente de Nieve bailaba por el hocico.

La situación no podía ser peor, entonces decidió que ya no estaba para esos sustos. Juró y rejuró que apenas venciera al dragón se jubilaría.

El animal adivinó los pensamientos de lanzas y arcos que surcaron la cabeza del gentilhombre.

—¡Ni lo sueñes! —ordenó—. Solamente yo puedo salvarte, no seas desconsiderado.

Antes de que Heriberto se ahogara en su propia sorpresa, continuó:

—Con mi aliento de fuego, muy medido, puedo hacerte aflojar esa hoja-lata. Pero lo haré a cambio de un favor.

Un choque de extremidades selló el pacto.

Pequeñas llamaradas cayeron sobre los pernos oxidados de la armadura. Cada tanto, la delicada misión era interrumpida por alguna expresión del estilo de:

—¡Noble amigo! Controlad vuestra fogosidad. ¡Que debajo de la armadura hay todo un hombre!

Y así, llamarada va, reclamo viene, Sir Heriberto fue liberado. El caballero comenzó a caminar escoltado de cerca por su noble potrillo mientras que el nuevo compañero mantenía la distancia para no estropearle la popularidad. La damisela, ya recuperada, se desarmaba en expresiones de alegría:

—¡Al fin! De nuevo hacia el castillo. ¡Qué noble salvador me ha tocado! ¡Enfrentarse al dragón y salir airoso! Lo tenéis tan espantado que nos mira de lej...

En ese momento, la larga cola de Nieve se encargó de acallarla con gran alivio para el resto de la compañía.

Una vez llegados, Sir Heriberto depositó a la dama en brazos de su padre. El rey lloraba y trataba de recompensar al caballero con la mano de la princesa. Pero ni los guardias pudieron detener al héroe. Ya en el bosque Heriberto se acercó al dragón y le dijo:

—Bueno, amigo, ésta fue mi última aventura. Soy un hombre de honor y voy a realizar mi parte.

Seis meses después, la popularidad del parri-pollo “El Dragón ardiente” cubría el reino.

Al lugar asistían personas de las más lejanas comarcas. Y aunque todos querían arrancar a Sir Heriberto, el secreto de semejantes delicias, el caballero no confesaba que las “brasas al dragón” eran legítimas.

Dragón, por su parte, cumplió su deseo: un trabajo lejos de princesas o de caballeros molestos. Además de saborear a gusto su comida favorita: choripán.

El disfrute de los vecinos era total, pero cada tanto se veía interrumpido:

—¡Mozo! ¡Buen mozo! —profería lady Lala desde su mesa —Una patita. ¿Qué mejor que una patita para una prince...?

Y la siempre oportuna cola de Nieve acallaba a la dama con la aprobación de toda la concurrencia.